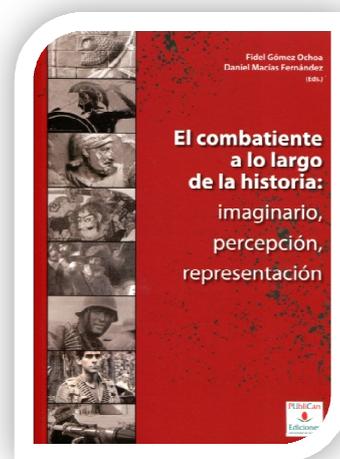


RESEÑAS.

Fidel GÓMEZ OCHOA y Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ (eds). *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción, representación.* PubliCan Ediciones, Santander, 2012. 261 pp.

Félix Gil Feito
Universidad de Cádiz

El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción y representación, supone una de las escasas aportaciones que lamentablemente se editan desde las instituciones académicas en relación con la historia militar, máxime si tenemos en cuenta el volumen de publicaciones destinadas a otros ámbitos y aspectos de la historia universal. Este libro, fruto de una selección de los trabajos más destacados que se presentaron en el I Coloquio Internacional de Historia Bélica (CIHBE), organizado por algunos miembros del



Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Cantabria en marzo de 2010, resulta ser una destacada contribución a la historiografía sobre esta temática que tradicionalmente ha sido obviada como materia de estudio en las universidades españolas. Este hecho parece que en los últimos años está cambiando, aunque eso sí, lentamente. Son cada vez más frecuentes las actividades que desde asociaciones y universidades se están promoviendo en torno a la historia militar, y desde luego, podemos situar a la Universidad de Cantabria como uno de esos centros que están apostando fuerte por congresos, publicaciones y ciclos de conferencias, lo cual es ciertamente meritorio si tenemos en cuenta la delicada situación por la que atraviesa la universidad española.

El tema alrededor del cual giran estos catorce capítulos es el de la imagen del combatiente a lo largo de la historia. La elección de este tema invalida una vez más el tópico popular de que alrededor de la historia de las guerras, lo único que se estudia es

la batalla o los personajes que en ellas intervinieron. La historia militar, o la historia bélica, es sin duda una materia académica multidisciplinar que trata las relaciones e interacciones que entre la guerra, la sociología, la economía, la arquitectura, el periodismo o la industria acaecen entre otras muchas. Pero el objeto de este trabajo, como hemos comentado anteriormente, es la imagen, percepción y representación que la historia nos ha trasladado sobre su mayor protagonista, el combatiente.

Tras un más que interesante primer capítulo a cargo de los editores de la obra, en el que además de introducir al lector al contenido que se vean a encontrar, se plantea un interesante debate sobre el significado y significante de la historia militar y la historia bélica. La visión que los editores muestran es que existen diferencias aparentes entre la definición de historia militar, de la que aseguran que se caracteriza por presentar relatos descriptivos que giran alrededor de la descripción de los contendientes y el desarrollo del conflicto, e historia bélica, la cual diferencian de la anterior aludiendo a que se ésta se dedica a la realidad de la guerra y al análisis de todos los ámbitos y protagonistas que con éstas interactúan antes, durante y después de los conflictos armados. Una reflexión sin lugar a dudas muy interesante que puede hacer replantearse la terminología que podemos utilizar, pero que en ningún caso invalida los recientes estudios y aportaciones alrededor de la nueva historia militar están surgiendo en los últimos años.

Por otro lado, el contenido del libro no deja dudas sobre su calidad e interés. Los diferentes capítulos ofrecen una muestra muy amplia de la imagen del combatiente a lo largo de la historia, y que dotan al libro de una gran variedad temática. Desde un estudio sobre el estandarte como aglutinante ideológico del ejército romano, hasta una visión cinematográfica de la batalla de Stalingrado, pasando por un interesante capítulo en inglés dedicado a las fuerzas irregulares griegas durante el siglo XIX del historiador Marinos Kachrilas. Sin embargo, esta obra cuenta con muchos otros excelentes textos entre los que cabría destacar el elaborado por la profesora Cristina Borreguero titulado “El coste humano de la guerra: mortandad, enfermedad y desertión en los ejércitos de la Época Moderna”, que arroja datos y testimonios muy interesantes sobre algunos de los abundantes conflictos que a lo largo de la historia moderna se produjeron. Otros capítulos centran su atención en temas tan variopintos como la cotidianeidad en el frente marroquí a través del relato de sus protagonistas, la transformación del soldado durante la época contemporánea a cargo del reconocido historiador militar, Fernando Puell de la

Villa, o un capítulo de gran calidad firmado por Carolin Varin de la *London School of Economics Studies* y titulado “*Mercenaries: motivation and functions of a non-state combatant*”. Este texto nos acerca a la motivación que mueve a las tropas a alistarse en compañías mercenarias, además de indagar sobre el desarrollo por parte de los mercenarios de un vínculo afectivo en relación a la causa por la que luchan.

Para finalizar en este sentido, señalar que de la lectura de este trabajo conjunto se desprende una profunda y cuidada labor de edición, así como una afinada selección de textos que hacen del trabajo en su conjunto una excelente aportación académica a la bibliografía existente sobre la historia bélico-militar.

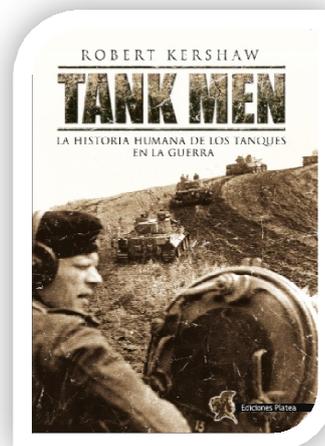
Así mismo, el lector debe saber que en el año 2011 se celebró la II edición del CIHBE, y desde luego, esperamos que para este próximo año 2013, podamos asistir a la tercera, tras un año 2012 de descanso forzado. Es de esperar que la historia militar, o bélica, siga progresando y abriéndose camino en las universidades e instituciones de carácter científico y académico. Es primordial que sea considerada como una ciencia en sí misma. El peso definitivo que ha tenido para la configuración del mundo en el que hoy vivimos así lo acredita.

Los congresos y publicaciones sobre esta disciplina ya se han puesto en marcha. El empujón definitivo sería la creación de departamentos de estudios bélicos en las universidades españolas a imagen y semejanza de los *Department of War Studies* que podemos encontrar en el mundo anglosajón y que desde España vemos con cierta envidia y admiración. Que publicaciones académicas como “El combatiente a lo largo de la historia...” no sean excepcionales es una responsabilidad que deben recoger los docentes e investigadores de nuestras universidades. En este sentido, los responsables del CIHBE han sabido trasladar al lector una gran selección de trabajos que supone una más que interesante contribución a la historiografía sobre el tema, y en concreto a la imagen y representación de los combatientes desde la antigüedad hasta nuestros días.

- **Robert KERSHAW: *Tank Men. La historia humana de los tanques en la guerra.*** Madrid, Ediciones Platea, 498 pp.

*Javier Veramendi B.
Grupo de Estudios de Historia Militar.*

El 15 de septiembre de 1916 fue un caluroso día más del complejo y asesino enfrentamiento que entraría en los anales de la historia como la «Batalla del Somme». Sin embargo, para muchos fue también un día inolvidable por otros motivos. Sobre la tierra de nadie surcada de cicatrices que separaba las interminables líneas de trincheras de ambos contendientes reinaba entonces la ametralladora. Aquella máquina mortal, asociada al alambre de espino y a la artillería, había roto hasta entonces de forma casi sistemática los ataques lanzados contra sus posiciones defensivas, convirtiendo la guerra en una sucesión de asaltos frontales extraordinariamente costosos que tan solo lograban rascar algunos palmos de tierra revuelta y llena de cadáveres. Así pues no es impensable que los alemanes que manejaban aquellos artilugios se sintieran confiados cuando aquel día llegaron hasta ellos los sonidos de un nuevo asalto británico, era cuestión de esperarlos y ametrallarlos hasta someterlos.



Sin embargo un zumbido bronco, un sonido de motor, anunció la llegada al frente de un arma nueva... «El mes de septiembre de aquel año fue caluroso, y la peste –oh- el hedor era terrible, terrible»¹, «teníamos que pasar sobre las viejas trincheras, sobre los cuerpos y todo lo demás», recordó Archie Richards, conductor de tanque. «Habíamos escuchado rumores de una nueva arma aliada y nuestra inteligencia nos había enviado informes sobre un vehículo que se creía que estaba siendo fabricado en ciertas factorías francesas», «pero cuando vimos el primer tanque de verdad no se parecía a nada que hubiéramos imaginado», testimonió el teniente Otto Schultz. «Cuando las cadenas de los tanques pasaron por encima de nuestras cabezas, los hombres más valientes salieron al nivel del suelo para lanzar contraataques suicidas...»,

¹ Todas las citas incluidas en esta reseña han sido obtenidas en el libro reseñado.

«unos fueron abatidos o aplastados, mientras que otros levantaron las manos para rendirse aterrorizados o se escabulleron por las trincheras de comunicación hacia la segunda línea», indicaron otros soldados alemanes entrevistados tras la guerra. El carro de combate acababa de entrar en la historia.

No tardaría en convertirse en el arma emblemática del siglo veinte, por encima de la aviación. Si esta no había sido capaz de cumplir ni las promesas de dominio total enunciadas por Giulio Douet, ni las de ampliación del campo de batalla a toda la retaguardia enemiga mediante ataques y cadenas logísticas aerotransportadas que surgieron durante la segunda guerra mundial; el carro de combate (junto con los diversos vehículos acorazados que derivaron de él) si cumplió las promesas de hombres como Estienne, Liddel Hart o Guderian, convirtiéndose, una vez desarrollado, en el arma definitiva de ruptura, de movilidad, en el factor que devolvió la fluidez a la guerra y, fabricado por decenas de miles de ejemplares, en el elemento definidor de la fuerza de un ejército.

Son precisamente los carros de combate el tema sobre el que versa «Tank Men», y sobre los hombres que los tripulaban, aunque no nos habla de su devenir a lo largo de todo el siglo veinte sino tan solo desde su creación, durante la primera guerra mundial, hasta su máximo apogeo al final de la segunda. También es cierto que a partir de entonces la importancia del carro de combate empezó a disminuir lentamente frente a la cada vez mayor capacidad y sofisticación de las armas anticarro de la infantería, que recuperó su trono como reina de las batallas. La segunda mitad del siglo veinte no llegó a ver las inmensas escuadras blindadas que habían surcado los campos de Europa en 1945.

«Tank Men» desarrolla la historia de los carros de combate en paralelo a la de los carristas distribuyendo los capítulos en torno a un doble eje: en primer lugar el temporal, desde su creación y primera entrada en combate hasta el final de la segunda guerra mundial; y en segundo lugar analizando los distintos aspectos de la vida de quienes los tripulaban: entrenamiento, tácticas, vida diaria, comodidad, miedos y presiones psicológicas... todos estos son aspectos se van explicando muy satisfactoriamente a lo largo de los diversos capítulos de la obra.

Desde el punto de vista del blindado en si, la obra de Kershaw nos va narrando su evolución desde los primeros prototipos hasta los monstruos pesados de

1945. El lector podrá observar cómo se fue desarrollando la carrera entre el cañón y el blindaje (ataque y defensa), ambos factores básicos de la máquina, así como las diversas teorías de uso que fueron surgiendo a lo largo de los años. Algunos ejércitos se decantaron por la cantidad antes que por la calidad, otros, al contrario, fabricaron vehículos prácticamente indestructibles (lo que no quiere decir invulnerables). Entre estos dos extremos del péndulo va oscilando el ensayo de Kershaw, hablándonos de los problemas encontrados y de las soluciones adoptadas desde la exuberante campiña francesa hasta las interminables estepas rusas, pasando por el árido desierto, la compleja orografía italiana y el pantanoso norte de Rusia.

Sin embargo probablemente todo lo referente al carrista como persona sea la parte más importante y más interesante de «Tank Men». Lo primero que logra la obra, en grandísima medida, es que el lector deje de pensar en el carro de combate como en una máquina que no es más que blindaje, motor, cañón y prestaciones de todo ello. Demasiado se ha mirado al blindado como a una máquina «que mola» (si uno puede permitirse la expresión). Su auténtico corazón estaba hecho de carne y de sentimientos, de hombres: bajitos, feos, sucios, hartos y normalmente muy poco «glamurosos». Gente que, a priori, no «molaba» nada, y sin embargo sin ellos no había monstruo metálico que funcionara.

Ya desde el primer momento Kershaw nos retrata la vida del carrista de un modo muy duro. Las primeras máquinas fueron fabricadas sin pensar para nada en la ergonomía. La máquina tenía que ser eficaz sin importar las condiciones en que trabajaban quienes la tripulaban. Kershaw consigue perfectamente que el lector se sitúe en el interior de un cajón metálico que avanza dando bandazos como una coctelera, golpeándose por todas partes sin tener más que un incómodo sillín o un arnés para sujetarse, junto a un motor rugiendo a plena potencia que hace subir las temperaturas dentro del habitáculo a niveles apenas soportables, rodeado de municiones, ensordecido por el ruido de las ametralladoras, siempre pendiente de los enemigos en el exterior y consciente de que su máquina puede convertirse en una trampa mortal en el momento más insospechado. Una situación que no mejoró demasiado a lo largo del tiempo. También nos narra las larguísimas jornadas que tenían que vivir, levantándose al alba para pasar la jornada entera metidos dentro de ese cajón, esperando, viviendo tal vez unos pocos instantes de intenso combate y terror absoluto antes de volver a la base al

atardecer para iniciar las largas tareas de mantenimiento del arma antes de poder disfrutar de unas horas de sueño. Así era la vida del carrista.

Basado en datos de archivo pero además y en gran medida en memorias de la época, el libro resulta tan agradable de leer como instructivo, pues cada capítulo está salpicado con múltiples anécdotas y transcripciones de lo que eran realmente aquellos combates. Entre ellas nos encontramos con afirmaciones tan curiosas como lo peligroso que podía ser un buen blindaje en determinadas circunstancias: por ejemplo, los carristas alemanes preferían a veces, en lo que a blindaje se refiere, el «Panzer IV» (menos blindado) al «Panther». ¿Por qué? Porque en el primero las posibilidades de que un proyectil pesado atravesara dos veces el blindaje y saliera por el otro lado eran más elevadas que en el segundo, donde los proyectiles, tras penetrar en el carro, se veían imposibilitados para salir y estallaban o rebotaban en el interior, matando a los ocupantes. No es la única anécdota curiosa. También nos cuenta como el carro estadounidense «Sherman» fue apodado «Ronson», como el mechero que nunca falla, porque era especialmente proclive a incendiarse cuando recibía un impacto directo.

Pero no solo lo anecdótico forma parte de la obra. El ejemplo más señalado de la seriedad de este trabajo tal vez podemos encontrarlo en el capítulo 13. En él, Robert Kershaw va desgranando poco a poco el proceso de destrucción psicológica que sufría todo soldado hasta llegar a sufrir fatiga de combate, una enfermedad que a partir de mediados de la segunda guerra mundial (y a pesar de la vehemencia del General Patton), empezó a tenerse cada vez más en cuenta, pues ya no era cuestión de si los combatientes iban a sufrirla, sino de cuando. Para ello nos va comparando la campaña británica en Normandía con los baremos de Swank y Marchand, quienes calcularon después de la guerra cual era el tiempo aproximado que duraba cada una de las fases por las que pasaba el combatiente: Irrealidad, Invencibilidad, Cautela, Miedo y Trauma de combate.

Sin duda, pues, un magnífico trabajo de quien es uno de los autores de historia militar más interesantes del panorama internacional. Nacido en 1950, Robert Kershaw ingresó en el Regimiento Paracaidista en 1973, formando parte del mismo durante sus 33 años de servicio activo y pasando por destinos tan dispares como Irlanda del Norte, Bosnia e Irak. También ha cumplido diversas funciones de Estado Mayor, además de tener ocasión de completar el Curso de Estado Mayor General en la

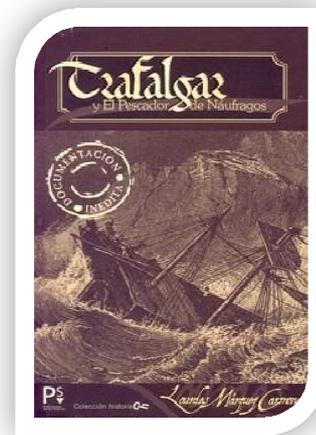
Führungsakademie de la Bundeswehr. No es pues extraño que algunos de sus libros tengan que ver con las fuerzas paracaidistas, como *It never snows in september* (1989), que versa sobre la visión alemana de la Operación Market-Garden (recientemente publicado en español: *Nunca Nieva en Septiembre* por Ediciones Platea) o *Sky Men*, su obra más reciente, que viene a ser el equivalente de este libro en lo que al arma paracaidista se refiere. Sin embargo sus centros de interés no se quedan en lo dicho. A lo largo de su obra ha tenido ocasión de visitar Normandía: *D-Day. Piercing the Atlantic Wall* (1994), Rusia: *War Without Garlands. Operation Barbarossa 1941-2* (1999); el oeste americano: *Red Sabbath. The Battle of the Little Big Horn* (2005) y su propia patria: *Never Surrender. The Story of the British Second World War Generation* (2009).

En resumen, una obra interesante e instructiva que además, por su amenidad, está dirigida tanto a los lectores más iniciados en la temática histórico-militar como a aquellos que simplemente sientan curiosidad por los carros de combate.

Lourdes MÁRQUEZ CARMONA: Trafalgar y el Pescador de Náufragos. Cádiz. Publicaciones del Sur. 2005. 169 pp.

*Helios González de la Flor
Universidad de Cádiz*

La batalla de Trafalgar, acaecida en los mares del sur de España en octubre de 1805, ha sido uno de los episodios bélicos más rememorados y estudiados del periodo contemporáneo y cuya trascendencia ha sido legado a nuestros días en una variopinta bibliografía. Aparentemente, la profusión de investigaciones francesas, británicas y españolas habían aportado una visión significativa y heterogénea, tratando de determinar las causas de la victoria y de la derrota de los tres contendientes. Los perfiles tratados siempre han girado alrededor de la artillería, del estado de los buques, el armamento, las tripulaciones o a la organización de las escuadras. Pero lamentablemente, no se había reparado en el componente humano y en el destino de las dotaciones que, tras sostener uno de las batallas navales más cruentas, naufragaron a lo largo y ancho de las costas gaditanas y onubenses.



A propósito de esta laguna histórica, Lourdes Márquez Carmona, ha realizado una investigación pormenorizada en el que ha aunado recursos archivísticos y memoriales, desentrañando una maraña de historias perdidas, olvidadas u ocultas de algunos de esos marineros y oficiales que participaron en este encuentro naval. Estas historias personales también han quedado registradas en los archivos de carácter civil de las ciudades y pueblos que acogieron a las maltrechas víctimas, además de la lógica utilización conjunta de otras tantas fuentes militares. El estudio, aunque es novedoso en este asunto, tampoco olvida contextualizar el estado de la cuestión política y militar que originó, finalmente, el choque armado en las estribaciones de Cabo Trafalgar.

De lo no conocido y que por ello hace especial este libro, podemos situar las informaciones relativas al “Testamento Marítimo”. Argumento muy interesante que nos proporciona el estado anímico de algunos de los marinos que vislumbraban, previamente, un resultado desastroso para sus intereses. Asimismo, aunque quizás algo conciso de información, la descripción de las “Fuerzas Sutiles” merece especial

atención pues pocas veces se visto reflejada la tarea sórdida y difícil que tuvieron que desempeñar al estado de la defensa de la Bahía de Cádiz y a la ayuda a los barcos de la escuadra combinada que, desarbolados, llegaban al refugio del puerto de Cádiz. Otro capítulo necesario que ha de comentarse pertenece a las labores de rescate realizadas en el litoral. La cuestión está bien definida, arguyendo los esfuerzos de los destacamentos militares en el socorro ejercido, pero quizás pasa de puntillas sobre el papel ejercido por las naves de Nelson en el rescate de los heridos y, sobre todo, en el empleo de fuentes británicas, tan importantes en aquella emergencia.

El verdadero descubrimiento aparece reflejado en dos aspectos. Primero, en las memorias de Michel Maffiote, timonel del *Indomptable*, navío francés naufragado en el interior de la Bahía de Cádiz. La perspectiva humana del sufrimiento y la lucha por la supervivencia contrastan con las frías estadísticas de bajas y de pérdidas materiales acostumbradas en otras referencias sobre Trafalgar. El relato contribuye a imaginarse el escenario tan complicado para los marineros ante el temporal y las circunstancias de muerte y desolación que bien podrían trasladarse a la de otros buques de la flota hispano-francesa que corrieron la misma suerte. Y en segundo lugar, destacar el papel voluntario de los habitantes de la costa atlántica andaluza en socorrer a estos náufragos. Como caso paradigmático que rescata Márquez Carmona, es el del pescador y “alcalde de la mar” Félix Odero, en Sanlúcar de Barrameda, que arriesgando la vida, auxilió y salvó a un número altísimo de náufragos de dos navíos de la Real Armada Española, el *Monarca* y el *Rayo*. Aunque como él debieron de existir una cantidad indeterminadas de héroes anónimos, el fiel reflejo de conocer un personaje con nombre y apellidos, arroja luz de la verdadera dimensión de filantropía y humanismo que recorrió los centenares de kilómetros de la costa del Golfo de Cádiz.

En síntesis, puede decirse que la historia humana y el carácter social es el fuerte de esta investigación, elementos que consigue encajar magistralmente. Se agradece, igualmente, el esfuerzo al transcribir una serie de piezas documentales que facilitan que el lector entre en la psicología del personaje descrito a través de sus memorias. No obstante, la carencia de fuentes británicas deja la visualización del drama humano desde el punto de vista del perdedor, consiguiendo una información sesgada del rescate y de los auxilios. Por último, la dificultad de entendimiento reside en el escaso anexo documental y gráfico que aporta la autora. Causas que no permiten una normal lectura

espacial del marco geográfico donde se desarrolló tanto el combate como los naufragios.

Lourdes Márquez Carmona es historiadora, especialista en Historia Antigua, Prehistoria y Arqueología por la Universidad de Granada. Ha desarrollado su actividad profesional en el campo de la Documentación y trabajos arqueológicos vinculados al Patrimonio Cultural Marítimo. En los últimos años ha completado los estudios de las naves y hombres de Trafalgar con su último libro llamado *Recordando un Olvido. 1808-1810 Pontones prisiones en la Bahía de Cádiz*.